

Nicolás Marín en el recuerdo

FERNANDO DE VILLENA

Era un profesor serio, de los que a diario acudía a sus clases e incluso a veces pasaba lista

Muchas veces, antes de haber sido alumno suyo en los cursos predoctorales, yo había visto por los pasillos de la Facultad de Letras a don Nicolás Marín con su aspecto inconfundible, algo anticuado. Vestía un sempiterno traje gris y los pantalones le quedaban algo cortos, pero su lujo mayor eran las corbatas. Los estudiantes de aquel tiempo que después se ha llamado la Transición andaban deslumbrados con otros profesores de corte más moderno cuyo principal mérito parecía el de haber conocido en París a cierto filósofo marxista que terminó asesinando a su esposa. Por el contrario, don Nicolás, que de nada hizo nunca alarde y que había velado sus armas en las siempre heroicas enseñanzas medias antes de llegar a la universidad, apenas llamaba la atención de aquella juventud ávida de novedades. Era un profesor serio, de los que a diario acudía a sus clases e incluso a veces pasaba lista.

Comencé a tratarlo cuando mis 'Soledades III y IV' se publicaron en la bellísima colección 'Genil' que él entonces dirigía con criterio abierto a todos los poetas de la ciudad y de cuyo diseño se encargaron los jóvenes José Lupiáñez, Ángel Moyano y Antonio Ubagó. Con el primero de ellos visité en una ocasión la casa del profesor Marín en el Serrallo. Yo era muy tímido y apenas dije palabra alguna, pero poco después, la gentileza de don Juan Gutiérrez Padial me hizo coincidir en el jurado de los premios de poesía que llevaban su nombre con el propio poeta, don Emilio Orozco, don Antonio Sánchez Trigueros y don Nicolás. Bien podréis imaginar cómo me sentía yo, recién acabada mi carrera, con veinte y pocos años, entre aquellos maestros de la cultura de la ciudad, durante las reuniones en las que se deliberó acerca de los manuscritos presentados.

El premio recayó en el gran poeta sevillano Pedro Rodríguez



Pacheco y durante la entrega del mismo en Lanjarón tuve la dicha de conocerlo, pero es que además aquella noche yo regresé a Granada en el coche del profesor Marín y éste me habló con auténtica pasión de los poetas granadinos del siglo XVIII y en especial de José Antonio Porcel, el Caballero de los Jabalíes.

En las páginas de su diario (que permanece inédito y cuya publicación, imagino, resultaría de gran interés), don Nicolás escribió:

«El texto claro es el final de un doloroso proceso creador, incluso en la crítica literaria, tan semejante en sus dudas, ratificaciones y anhelos a la obra artística».

Estas líneas evidencian su vi-

sión de «el crítico como artista» y él en verdad lo fue. Sus primeros pasos giraron en torno a los índices de la revista 'La Alhambra' y a continuación agrupó sus estudios sobre la poesía del siglo XVIII y la Academia del Trípodé en Granada, en un libro hoy difícil de encontrar, muy valorado y que está pidiendo ya una reedición en 'Archivum'. Hablo de 'Poesía y poetas del setecientos', obra publicada por la Universidad de Granada en 1971.

La lectura de este libro resulta fundamental para conocer algo de la cultura y de la vida de nuestra ciudad en ese siglo hoy aún apenas estudiado. Las figuras de los escritores Alonso Verdugo, tercer conde de Torrepalma, de su cultísimo padre y de su her-

mana, la de José Antonio Porcel, las reuniones de la Academia del Trípodé y el núcleo intelectual de colegiales y canónigos del Sacromonte cultivadores de las letras aparecen bien esbozados y abren camino para futuros estudios. Claro que esa pasión erudita que sintió tan hondamente Nicolás Marín no creo que sea fácil de encontrar hoy entre los estudiantes de Filología de la Universidad granadina.

En ese mismo año 1971, el profesor Marín rescata del olvido y prologa el bellissimo libro 'El veneno de la Alhambra', que había dejado inédito a su muerte en 1936 el exquisito prosista y amigo de Ganivet, Nicolás María López.

Fiel a la escuela de estudios sobre la literatura de los siglos de Oro, que inauguró su padre, Antonio Marín Ocete, con sus ediciones de Gregorio Silvestre y de los 'Anales' de Jorquera, y que ha contado con nombres tan eminentes como los de Emilio Orozco, Antonio Gallego Morell, Concepción Argente, José Lara o Agustín de la Granja, Nicolás Marín escribió y publicó acá o allá numerosos ensayos y artículos de gran interés sobre algunos humanistas andaluces apenas conocidos como el gramático Baltasar de Céspedes o como el abad de Rute, Francisco Fernández de Córdoba, que intervino en la polémica del 'Polifemo' y las 'Soledades' de Góngora en defensa de éste. Tradujo para ello don Nico-

lás gran parte de la obra latina de estos autores. Rescata en otro trabajo la figura de otro apologista de Góngora que vivió largos años en Granada: Gaspar Buesso de Arnal, y también publica una fábula inédita sobre Píramo y Tisbe, ya del siglo XVIII, obra de alguno de los encubiertos académicos del Trípodé. Durante largos años trabajó el profesor Marín sobre textos manuscritos de la extraordinaria biblioteca del duque de Gor, que lamentablemente fue vendida y salió de Granada en los años sesenta del pasado siglo.

Asimismo, dedicó jugosos artículos a Soto de Rojas y a Fernando de Herrera, pero lo más innovador y notable de sus ensayos áureos está en el análisis del epistolario de Lope de Vega y en la relación entre el Quijote de Cervantes y el de Avellaneda, trabajos que además de su absoluto rigor, poseen el mérito de poder ser leídos con el mismo interés que dos magníficas novelas policíacas.

El profesor Agustín de la Granja recogió póstumamente todo este precioso material en el imprescindible libro 'Estudios literarios sobre el Siglo de Oro', que publicó la Diputación de Granada.

En 1985, don Nicolás Marín comienza a ver consagrados sus esfuerzos y consigue entrar en una de las grandes editoriales especializadas en los textos de nuestros clásicos con las pertinentes anotaciones. Recuerdo la alegría que me produjo encontrar en 'Castalia' la edición introducida y anotada por él de las 'Cartas' de Lope.

Sin embargo, el 13 de diciembre de ese mismo año, a la vuelta de un acto académico celebrado en Jaén, él con otros catedráticos de la Universidad de Granada, encontraba la muerte en un terrible accidente a la altura de Campotéjar, dejando así truncada una excelente trayectoria: la de un auténtico sabio, humilde y ajeno a todos los oropeles y fanfarrias.